

A MI QUERIDÍSIMA MADRE
Margarita Hernando de Larramendi

Al abrir la ventana no te supe
y seguí -erróneamente-
buscando con la vista.

Tampoco mis manos te encontraron
ni mi voz entendió tu silencio.

Me envolvía sin embargo tu presencia segura
y al forzar, asustada, la respiración
comprendí que eras el aire.